

Arturo Uslar Pietri

FACHAS, FECHAS
Y
FICHAS

Colección LITERATURA



Caracas, 1982

El lenguaje de este extraordinario malabarista que no ha cesado de jugar con el equilibrio del mundo y que ahora lo mismo que antes sabe devolvernos una pureza de mirada que no habíamos conocido desde niños.

No es poca la deuda que todos tenemos con Joan Miró,

LO ESPECIFICO DEL HOMBRE LATINOAMERICANO*

Se me ha encomendado dirigiros a ustedes hoy para plantear, tan sólo para plantearlo, el problema que pudiéramos llamar central de todo este conjunto de preocupaciones. ¿Existe la América Latina, existe un hombre latinoamericano, existe una condición latinoamericana, existe una situación, a partir de la cual podamos presentarnos ante el mundo y dialogar con el mundo? Esta preocupación es vieja, es ardua y ha atormentado el alma de los hispanoamericanos por tres o cuatro siglos, desde toda la historia, desde el primer momento de la conquista.

Toda la historia de América Latina ha sido una historia de toma de conciencia, de definición de posiciones, una búsqueda hacia afuera y hacia adentro, y esa búsqueda ha sido muchas veces frustrante y ha sido difícil y los resultados no han dejado de ser a veces contradictorios. De modo que si algo podría caracterizar al latinoamericano en el escenario del mundo es esa situación un poco hamletiana de es-

(*) Transcripción taquígráfica de una exposición en un Simposio sobre la América Latina convocada por la Universidad Simón Bolívar, de Caracas.

tarse preguntando todo el tiempo ¿quién soy? ¿qué soy? ¿qué pardo hacer? ¿cuál es mi situación frente a toda esta gente que me rodea?

Esa interrogante, esa especie de angustia ontológica, ha condicionado la situación hispanoamericana y es precisamente una de sus raíces. ¿Por qué preguntarnos tanto qué somos? Esa pregunta no se la hacen los africanos, no se la hacen los asiáticos —por lo menos en el grado angustioso en que nos la hacemos nosotros— no se la hacen los americanos del norte. Todos ellos parecen seguros de lo que son. Tienen un adquirido básico desde el cual contemplan el mundo y comercian con él. Nosotros estamos constantemente revisando ese piso sobre el que estamos y poniéndolo en duda y descubriéndolo.

De modo que esa misma angustia, podría yo decir, es la primera prueba de la originalidad. Esa noción se tuvo desde el comienzo con una palabra que el doctor Mayz en-focó varias veces, muy afortunadamente, la noción del Nuevo Mundo. Yo creo que esta es una noción ambivalente y que tiene dos vertientes que valdría la pena ver. Desde luego, hay la noción del Nuevo Mundo, para decirlo en el castellano de los conquistadores, en el sentido de tierra nuevamente descubierta, o nuevamente conocida. Fue una novedad el encuentro de América, una novedad casual, fue sorprendente en mil sentidos, y por lo tanto, fue una impresión de novedad. El primero que le dio el nombre de Nuevo Mundo fue un italiano, Américo Vesputcio, que fue el primero que usó la palabra *Mundus Novus* de la cual vinieron todos estos derivados.

Pero es que si nosotros vemos la Historia Universal, como la debemos ver, sobre todo la Historia de Occidente en su complejidad, en 1492, o si ustedes quieren, para no encontrarnos tanto en una fecha, en todo el siglo XVI, nace un Nuevo Mundo; pero nace en escala universal. Porque no es que solamente se encontró América, sino que el encuentro

con América determinó un viraje y un cambio del Mundo. No es un mero azar que eso que llamamos la Edad Moderna arranque precisamente de esa fecha. Es una época de profunda transformación de la civilización occidental, de cambio a fondo de la situación del hombre y de su concepto sobre sí mismo, de los valores con los que había vivido en toda la Edad Media y en la Antigüedad; y en ese cambio y en ese reajuste, que es el comienzo de un nuevo mundo, de un nuevo mundo en escala mundial, está el ingrediente americano de un modo muy preciso y poderoso.

De modo que nosotros, no solamente fuimos nueva tierra, tierra nuevamente hallada, como decían los viejos cronistas, sino que fuimos el punto de partida de una nueva época del mundo. Nueva época en la que estamos viviendo y que no ha terminado su parábola y, está lejos de terminarlo y en la cual hemos intervenido por acción o por omisión, voluntaria o involuntariamente, y en la cual ahora tenemos que intervenir más voluntariamente y más conscientemente que nunca. De modo que esa noción del Nuevo Mundo está doblemente vinculada al hecho americano.

El primer aspecto que habría que ver de esa originalidad es la dificultad que tenemos de incorporarnos a algunas de las familias a las que pretendemos pertenecer y a las que pertenecemos en parte. Uno de los hombres que primero vio esto fue el propio Bolívar. Recuerden ustedes que en el discurso de Angostura, y quiza antes, lo había dicho en la Carta de Jamaica, afirma de un modo muy claro "no somos europeos, no somos indios" y añade una frase muy hermosa y muy significativa, dice: "constituimos una especie de pequeño género humano". El se daba cuenta de la originalidad de nuestra situación, de que no éramos unos europeos como los europeos y que tampoco éramos unos indígenas americanos como los indígenas americanos verdaderos. De modo que ya desde el comienzo había ese hecho nuevo que no sabíamos muy claramente en qué consistía.

La primera cosa que habría que ver en esta revista de hechos obvios y les pido a ustedes perdón porque voy a insistir en hechos obvios, porque creo que son los importantes, es que el mundo americano, particularmente lo que llamamos la América Latina, fue el escenario de un inmenso encuentro de culturas como no se ha dado en la Historia Universal desde la creación de Occidente. Ese es un punto que no hay que olvidar. Semejante proceso de encuentro, de acomodamiento, de pugna, de desnaturalización, de recreación de corriente culturales, no se dio en la escala en que se dio en América Latina, sino en la formación de Occidente, es decir, en la Alta Edad Media, a raíz de la disolución del imperio romano. En esa dimensión no se ha dado en ninguna otra parte.

Ese encuentro consiste primordialmente, en la confluencia en América, de un modo accidental, de tres culturas. La primera es la que representaba el español del siglo XVI, el castellano que vino a América. Un hombre muy tipificado, que representaba un matiz muy definido de la cultura occidental y ese matiz se reflejaba y se traducía en una actitud ante la vida, en una concepción del mundo, en una actitud para entender su misión, en una concepción social, guerrera, militante, señorial, en una creencia religiosa y en una visión de una estructura, de un porvenir y una situación del hombre muy tipificada. Pertenecían a la cultura occidental, pero tenían un matiz muy peculiar dentro de ella.

Y ese hombre que llega a América, se va a encontrar allí con unas razas y con unas culturas con las cuales no había tenido ningún contacto. El español que llega a América viene con la visión de que simplemente ha encontrado un espacio que llenar y que va a reproducir lo que dejó. Va a crear una nueva España. Va a crear una nueva Castilla, una nueva Andalucía. Ahí están los nombres, las toponimias que nos lo revelan y, sin embargo, lo que les salió fue otra cosa. No podía salir una nueva España, ni una nueva Andalucía,

ni una Nueva Toledo, ni una nueva Castilla. Lo que salió fue el hecho americano, que era un hecho profundamente distinto.

Ahora este mismo hombre, ese español que salió de España y vino a América, no vino de una manera similar a como fue el hombre a la luna, metido en una cápsula preservativa de contaminación que le conservaba una atmósfera propia. Ese hombre vino a sumergirse en un caldo de encuentros, de influencias y de comercio, en el sentido latino de la palabra, que tuvo que afectarlo profundamente. Ese hombre sufrió, en primer término un extrañamiento, que no ha sido bien estudiado.

Cuando uno lee el testimonio de los viejos cronistas, las Cartas de Relación de Cortés, cuando uno lee a Bernal Díaz o Sahagún, lo que encuentra allí es la sensación de extrañamiento de la gente que ha sido sacada de su medio tradicional y proyectada dramáticamente en un medio para el cual no estaba preparado y que no podía entender. Eso trajo desajustes y ya hablaremos de eso. Trajo consecuencias y trajo una sensación muy peculiar de la condición de ese hombre que había llegado.

Ese hombre cambió de inmediato y tanto cambió que comenzó por no ser semejante a los españoles que habían quedado en España. Allí mismo surgió el nombre de indiano, de Perulero, todos los nombres que se le dieron al español que había venido a América y que regresaba a España, porque ya no era el mismo español como tampoco era igual el español recién llegado, al que ya tenía tiempo en América o al que ya había nacido en América y por eso los nombres de chapetón, de gachupín, los nombres que se le dieron a los españoles recién llegados en toda América para señalar esa diferencia y esa distinción.

Ese español que llega, no era en un vacío. Se encuentra con los indígenas, con toda una escala de civilizaciones indígenas. No había lengua en la cual entenderse. No lo

digo yo en el sentido material de la palabra de entender un idioma, digo que lo que significaban las palabras indígenas no era lo que significaban las palabras españolas. No había traducción posible. Eran representantes de dos mundos totalmente diferentes. De dos mundos que muy superficialmente podrían acercarse. Así como el español llegó y tuvo que cambiar en todo, desde la vivienda hasta el traje, desde la alimentación hasta los usos y costumbres de la vida, desde la estructura de la casa hasta la formación de la familia, así también ocurrió en su contacto con el indígena. Tuvo que nombrar frutas que desconocía, plantas que nunca había visto, relaciones sociales que para él eran nuevas. Y el indígena, a su vez, entró de pronto a recibir el impacto de un conjunto de usos, de costumbres, de ideas, de valores, que le eran totalmente extraños y que lo afectaron profundamente.

Al día siguiente del descubrimiento de América, irremediablemente, el español ya no pudo seguir siendo el mismo que vino, pero el indio americano tampoco. No hubo regreso para ninguno de los dos. Se marcaron, se influyeron, se desnaturalizaron, se modificaron mutuamente de un modo profundo. Ese hecho, ya por sí sólo, debía introducir un elemento de novedad y de cambio con respecto a lo que era el mundo español o a lo que había sido el mundo indígena antes de la llegada del español.

Pero es que luego aparece un tercer personaje muy pronto, que es el negro. Sabemos muy poco del negro en América. Lo hemos estudiado muy superficialmente. Nosotros tenemos una idea bastante europea de lo que fue el encuentro en el territorio americano. Pensamos que llegó el europeo, que llegó el español y que se encontró con el indígena y combatió con él y lo sometió, lo esclavizó, y que luego trajo al negro africano y lo puso a trabajar como esclavo para sobrevivir. Es decir, como si en la presencia y en los encuentros humanos, se tratara de una mezcla de líquidos inertes. No. No eran líquidos inertes. Eran seres que actuaban

dramáticamente los unos en los otros y se modificaban tratando. No hay modo de estar en presencia de otro ser humano sin que ese ser humano nos modifique a nosotros y nosotros lo modifiquemos a él, en alguna forma, y mucho más en una inmersión de esta magnitud.

De modo que el negro aparece, a quien siempre hemos visto muy marginalmente y de quien pensamos que no tuvo ningún papel cultural o muy remoto y pequeño, que dejó algunos bailes y algunas consejas, pero que estaba completamente segregado de la sociedad colonial, metido en la tarea rural o en la servidumbre doméstica, sin contacto con el mundo del criollo blanco ni con las castas superiores de la vida colonial. Esto es falso. Hay un elemento, por ejemplo, que deberíamos estudiar a fondo y que yo creo que merecería que le dedicaran mucho tiempo sociólogos y psicólogos y es lo que yo llamaría la pedagogía mágica que el hispanoamericano recibió durante más de tres siglos.

En toda hispanoamérica, desde el norte hasta el sur, en una edad que hoy sabemos que es la más importante del hombre, la que va de 0 a 3 años de edad, los hispanoamericanos y particularmente los de clase alta, tuvieron por aya, esclavas negras. ¿Qué le transmitió esa esclava negra a ese niño en esos cinco años de profunda receptividad? No le transmitió solamente cantares y ritmos que ya tenían importancia y consejas africanas. Le transmitió una visión mágica del mundo, sin duda alguna. Una visión mágica que no tenía el español y no la podía tener. Una visión mágica que sí tenía el indio, pero de otra manera.

De modo que esa pedagogía mágica que estuvo en el fondo del alma americano y que está en el fondo de ella, ha tenido una raíz y una explicación y es un aporte del negro en esa función pedagógica que no le hemos reconocido, a la que no le hemos dado su importancia. Un hombre como Simón Bolívar, tuvo una pedagogía negra importantísima en su vida. La relación materna de Bolívar no fue con Doña

María Antonia, que murió cuando él era muy niño y que por lo demás tenía las escasas relaciones que una señora rica de la colonia tenía con sus hijos que estaban confiados a las esclavas. La madre de Bolívar, en el sentido del contacto, de la alimentación espiritual y de la formación, fue una esclava negra, fue la negra Hipólita. Y Bolívar lo reconocía, tenía la deuda que tenía con ella, de tal modo que cuando regresa a Caracas, en 1827, después de la Campaña del Perú y entra triunfalmente, entre la gente hacinada esperando-lo, estaba la negra Hipólita. Bolívar desmontó y la fue a abrazar, porque para él era su madre. Esa influencia no ha sido estudiada y desde luego es un elemento de diferencia profundo.

Hay otro aspecto que es muy importante y es el factor espacial. Nosotros no nos damos cuenta de lo que significó para el español y aún para el negro, aunque en menor grado, el cambio de escenario geográfico. Ese cambio de escenario geográfico lo vemos y lo percibimos en los cronistas de Indias. El primer cambio desde luego fue la dimensión. Hombres que nunca habían visto un río más grande que el Guadaluquivir, desembocaron en el Amazonas, en el Plata, en el Orinoco, en el Magdalena. Hombres que nunca habían visto unas montañas más altas que los Pirineos, se encontraron con el Aconcagua, con la Cordillera Blanca del Perú, con las murallas de nieve más gigantescas y más altas que el mundo conocía fuera de Asia. Las llanuras, las selvas inabarcables, el espacio geográfico, en una dimensión que ellos no conocían y la presencia de una naturaleza activa y agresiva que tampoco existía para ellos.

Ya he dicho mucho, y lo han dicho los críticos literarios, que la literatura hispanoamericana se caracterizaba, y todavía se caracteriza en buena parte, por la presencia de la naturaleza. Fue en gran parte una literatura, hecha en torno a la presencia de la naturaleza, al hombre ante la naturaleza, al combate del hombre con la naturaleza y esto constituía un

con los valores Mayas y seguíamos con ella y no entraba a volver a toda la gran historia desde México hasta la Argentina?

Y cuando surge un gran momento histórico del mundo hispanoamericano como la revolución mexicana un momento en el cual la expresión que se da es un valor y que აღoraban hechos nuevos y que se estaba buscando la verdad y que se estaba haciendo una indagación de la autenticidad hispanoamericana cuando se trata de hablar precisamente ese hecho surge un pintor mexicano que hace muchos años las tribus que están al lado de todas las cosas que pasan por el Diego Rivera, y que hace Diego Rivera se pone a hacer lo que hacer he hecho en el Siglo XI es decir resaca el marxismo que era un arte nuevo en Europa. Y se le resaca por un momento a quien quien sino por que era el lenguaje que correspondía a esa cultura porque a esa cultura de México en esa hora pertenecía mucho más al Siglo XIII que al Siglo XX Europeo.

Todo es un grito que se lanzaba y se trataba panamericano. Hay un espacio y un tiempo y hay un espacio humano distintos y todo esto no significa el error y la falta de una línea. Todo era de una manera de ver el mundo que era que se veía por un lado con una palabra desahogada poco grata sobre la cual había que poner un de una índole que es la palabra mexicana.

No me refiero al mestizaje sanguíneo o lo que sea. Desde luego o bueno y lo hubo en gran escala y creo que vale la pena muy digna de tener en consideración y que han sido una gran fuerza en el mundo hispanoamericano. Pero el mestizaje más poderoso es el que surge la mezcla entre la cultura el que determinó la cultura americana de América el que determinó el dialogo entre las culturas y el que de ese diálogo

El primer punto que se debe tener en cuenta es el de la importancia de la filosofía en la formación del ser humano. La filosofía no es solo una disciplina académica, sino una herramienta para comprender el mundo y a nosotros mismos. A través de la filosofía, podemos desarrollar habilidades de pensamiento crítico y creatividad, que son esenciales para la vida en sociedad. Además, la filosofía nos ayuda a cuestionar las normas y valores establecidos, lo que nos permite avanzar y mejorar como individuos y como comunidad.

En segundo lugar, es importante destacar el papel de la filosofía en la educación. La filosofía debe ser enseñada desde la infancia, ya que es fundamental para el desarrollo intelectual y emocional de los niños. A través de la filosofía, los niños aprenden a razonar, a argumentar y a tomar decisiones. Esto les ayuda a convertirse en ciudadanos responsables y conscientes de su entorno.

Por último, no debemos olvidar el papel de la filosofía en la vida cotidiana. La filosofía nos ayuda a reflexionar sobre nuestros valores, nuestras acciones y nuestro futuro. Nos permite encontrar sentido a nuestra vida y a nuestras decisiones. En un mundo tan complejo y cambiante como el nuestro, la filosofía es una herramienta indispensable para navegar y encontrar nuestro camino.

En conclusión, la filosofía es una disciplina esencial para la formación del ser humano. Nos ayuda a desarrollar habilidades de pensamiento crítico y creatividad, a cuestionar las normas y valores establecidos, a avanzar y mejorar como individuos y como comunidad. La filosofía debe ser enseñada desde la infancia y ser una herramienta indispensable para navegar y encontrar nuestro camino en la vida cotidiana.

La filosofía es una disciplina que se ocupa de la búsqueda de la verdad y del conocimiento. A través de la filosofía, podemos entender mejor el mundo y a nosotros mismos. La filosofía nos ayuda a desarrollar habilidades de pensamiento crítico y creatividad, que son esenciales para la vida en sociedad. Además, la filosofía nos ayuda a cuestionar las normas y valores establecidos, lo que nos permite avanzar y mejorar como individuos y como comunidad.

En segundo lugar, es importante destacar el papel de la filosofía en la educación. La filosofía debe ser enseñada desde la infancia, ya que es fundamental para el desarrollo intelectual y emocional de los niños. A través de la filosofía, los niños aprenden a razonar, a argumentar y a tomar decisiones. Esto les ayuda a convertirse en ciudadanos responsables y conscientes de su entorno.

Por último, no debemos olvidar el papel de la filosofía en la vida cotidiana. La filosofía nos ayuda a reflexionar sobre nuestros valores, nuestras acciones y nuestro futuro. Nos permite encontrar sentido a nuestra vida y a nuestras decisiones. En un mundo tan complejo y cambiante como el nuestro, la filosofía es una herramienta indispensable para navegar y encontrar nuestro camino.

En conclusión, la filosofía es una disciplina esencial para la formación del ser humano. Nos ayuda a desarrollar habilidades de pensamiento crítico y creatividad, a cuestionar las normas y valores establecidos, a avanzar y mejorar como individuos y como comunidad. La filosofía debe ser enseñada desde la infancia y ser una herramienta indispensable para navegar y encontrar nuestro camino en la vida cotidiana.

Pero hay un hecho más que es importante ver. Nue-
tro siglo XIX, el siglo de las revoluciones, el siglo
de las guerras, el siglo de las grandes catástrofes,
el siglo de las grandes guerras, el siglo de las grandes
guerras, el siglo de las grandes guerras, el siglo de las
grandes guerras, el siglo de las grandes guerras, el siglo
de las grandes guerras, el siglo de las grandes guerras,
y de Europa rebotó y regresó a América.

El siglo de las grandes guerras, el siglo de las
grandes guerras, el siglo de las grandes guerras, el siglo
de las grandes guerras, el siglo de las grandes guerras,
el siglo de las grandes guerras, el siglo de las grandes
guerras, el siglo de las grandes guerras, el siglo de las
grandes guerras, el siglo de las grandes guerras, el siglo
de las grandes guerras, el siglo de las grandes guerras,
el siglo de las grandes guerras, el siglo de las grandes
guerras, el siglo de las grandes guerras, el siglo de las
grandes guerras, el siglo de las grandes guerras, el siglo
de las grandes guerras, el siglo de las grandes guerras,

conciencia europea de raíz.
El siglo de las grandes guerras, el siglo de las
grandes guerras, el siglo de las grandes guerras, el siglo
de las grandes guerras, el siglo de las grandes guerras,
el siglo de las grandes guerras, el siglo de las grandes
guerras, el siglo de las grandes guerras, el siglo de las
grandes guerras, el siglo de las grandes guerras, el siglo
de las grandes guerras, el siglo de las grandes guerras,
el siglo de las grandes guerras, el siglo de las grandes
guerras, el siglo de las grandes guerras, el siglo de las
grandes guerras, el siglo de las grandes guerras, el siglo
de las grandes guerras, el siglo de las grandes guerras,

Carta de Colón no cae en oídos sordos. Esa Carta la recoge Tomás Moro y engendra la Utopía.

La Utopía es el libro más revolucionario que se ha producido en Europa, también la recoge Montaigne y entonces de allí surge la conclusión lógica. ¿Qué ha pasado? ¿Qué explica que en una parte del mundo haya guerra, haya injusticia, haya miseria, haya una sociedad desigual y en otras partes del mundo haya una sociedad feliz, donde los hombres ignoran la guerra, donde ignoran la riqueza, donde no hay miseria, donde todos son iguales, donde todos viven en paz? Si decir, nace el mito del Buen Salvaje. El mito del buen salvaje es un mito americano. Y de ese mito nace todo el pensamiento revolucionario europeo, porque de inmediato, de esa actitud crítica que parte de la Utopía de Moro y del pensamiento de Montaigne van a retomar los pensadores racionalistas del Siglo XVIII la idea de la injusticia de la sociedad europea, del estado natural del hombre que es un estado de bondad y en nombre de eso van a programar la revolución y nosotros más tardíamente vamos a ir a Europa a recoger esa fruta que partió de una semilla americana y a traerla como novedad.

De este modo América no solamente influyó en hechos de importancia material tan grande como lo que significó poder crecer la población europea y el nacimiento del capitalismo que en buena parte se debió a los metales americanos sino todo el pensamiento que transformó el mundo y lo sacudió y lo sigue sacudiendo, tiene su raíz en el hecho americano, en la novedad americana, en la impresión de lo que había sido América para aquellos hombres que la vieron la primera vez.

El eco del hecho americano, permeó y penetró todo el pensamiento europeo y lo modificó. Yo debo confesarles a ustedes que nunca, sin cierta emoción leo en *La Tempestad* de Shakespeare el nombre de Calibán. Calibán es americano, diría más, me atrevería a decir que es casi venezolano o

brasileño, porque Calibán no es sino el eco corrompido de Canibal. Canibal es una corrupción de Caribe. De modo que el nombre que le daban los europeos al indio caribe cuando llegó Colón y encontró los Taínos, que vivían bajo el terror de los Caribes y hablaban de esa gente que venía del sur y les cortaban la cabeza y se llamaban Carina. En Caribe el nombre de ellos es Carina y los españoles de ahí hicieron caribe. Los italianos hicieron Cambali. Un día un inglés que escribía comedias resolvió tomarlo y transformarlo en Calibán.

Hasta allí llega el hecho. Un impacto profundo que sacudió y modificó toda la situación del hombre europeo. Esta situación que caracteriza al latinoamericano, esa situación de originalidad, de duda sobre su personalidad, porque no es asimilable exactamente a ninguna de las culturas de las que viene, ha tenido sus consecuencias, en su expresión y en su actitud. Por ejemplo: en la literatura hispanoamericana, que es un buen testimonio de todo esto, nosotros podemos encontrar un rasgo que es importante y es que esa literatura, en un grado no comparable con ninguna otra, es una literatura de servicio, que está hecha para trabajar por algo más, que no es puramente la expresión literaria.

Es una literatura que desde que arranca tiene un propósito o satírico o reformista o revolucionario. Es una literatura con un programa social y con un programa político, desde la *Amalia de Mármol* hasta las novelas de nuestros días. En toda ella hay esa voluntad de servir, no solamente de interpretar de ese Mundo Oscuro, que muy claramente no se entiende, para ayudarlo a entenderse y a salir. José Gato decía, con mucho acierto, hablando del pensamiento latinoamericano, una verdad que también Unamuno había dicho hablando de Martí. Unamuno decía de Martí que más que pensador era sentidor y en realidad tenía razón. Tenía su pensamiento unas raíces que venían mucho más del sentir que del análisis racional. Y Gato decía que la literatu-

ra hispanoamericana era una literatura de educadores de sus pueblos.

Constituye un rasgo muy peculiar esa especie de misión que se cargó el intelectual latinoamericano, de explicar el ser latinoamericano para los latinoamericanos y de encaminarlos hacia lo que él creía que era la salvación y la salida. Esto caracteriza y es una consecuencia de esa angustia ontológica y de esa posición.

Esto configura para la América Latina una situación única en el mundo actual. En este momento se habla de una civilización global y realmente estamos más que nunca en los pródromos, en los comienzos de una civilización global. El mundo entero está globalizado por las comunicaciones, por los usos, por las influencias. Pero desde luego, las situaciones de sus componentes son distintas. Nosotros pertenecemos a la civilización occidental. Nadie lo duda. Pero pertenecemos de una manera peculiar. Somos un avatar de esa civilización.

Es una situación muy distinta a la de cómo recibe la civilización occidental un japonés, porque la civilización occidental no es la civilización de los japoneses o a cómo la recibe un africano, o un chino, o un hindú. Ellos reciben la civilización occidental como un instrumento, como algo que añadir a lo que ellos son. Como algo que poner de acuerdo con lo que ellos son. Nosotros no. La civilización occidental es nuestro lecho. La civilización occidental es nuestro hecho. La civilización occidental es nuestro ser. Estamos hablando una lengua romance. Tenemos una herencia cultural, predominantemente occidental en su parte de mayor influencia y a eso añadimos la presencia de los otros dos actores fundamentales de la creación del hombre latinoamericano.

Eso nos diferencia radicalmente, porque no somos nosotros gente que estamos recibiendo la civilización occidental para ajustarla a una civilización distinta o con un pasado cultural ajeno, sino que dentro de la configuración de

la civilización occidental representamos una provincia, configuramos una familia con una nota, una calidad y una condición diferente a las demás familias que son las que constituyen la Europa Occidental, los Estados Unidos y el Canadá. Dentro de esos tres grupos nosotros somos ese Tercer Grupo distinto pero que pertenece a la civilización occidental.

Esa pertenencia, en este momento y en esa condición, nos da una ventaja gigantesca, somos nosotros la única gente de la civilización occidental que está en el Tercer Mundo, y somos por lo tanto, muy posiblemente, el único puente válido que hay entre el mundo occidental y el Tercer Mundo porque somos gente de la civilización occidental, pertenecemos a ella raigalmente, pero somos gente del Tercer Mundo por todos los otros aspectos. Y estamos vinculados a Asia y a África o por lo menos, mucho más que ninguna otra posición del mundo occidental.

De modo que eso determina para nosotros una situación privilegiada, una situación que en cierto modo define casi un programa político y un programa cultural: el de representar dentro de la variedad de familia occidental ese otro núcleo, esa otra posibilidad de apertura que no sería después de todo, sino una consecuencia secundaria y segura de ese rasgo fundamental de nuestro carácter que es la vocación de mestizaje. No haríamos otra cosa que seguir sirviendo a esa vocación de apertura y de mestizaje.

Esto es lo que yo quería señalar muy de pasada y superficialmente. Tal vez no somos el Nuevo Mundo, no lo hemos llegado a ser, pero hemos contribuido a la creación de una nueva época del mundo y en este momento estamos en una condición privilegiada para estar entre los constructores fundamentales de ese Nuevo Mundo que va a llegar finalmente y en cuya hechura nosotros tenemos un papel irremplazable que desempeñar.